

El historiador y la guerra civil. *Antonio Pirala*

Pedro Rújula

Universidad de Zaragoza

Resumen: La guerra civil fue una realidad que estuvo muy presente en la sociedad española durante buena parte del siglo XIX. De ahí que en la obra de Antonio Pirala (1824-1903), uno de los primeros historiadores que se propuso el estudio de este período, el conflicto ocupara un papel central. El carácter recurrente de la guerra provocó numerosas interferencias entre la lectura política del presente y la interpretación histórica de un pasado demasiado próximo. Ni siquiera el rigor metodológico de sus estudios, ni la independencia política que Pirala siempre reclamó para el historiador le permitieron sustraerse por completo a esta influencia.

Palabras clave: Antonio Pirala, historiografía, guerra carlista, guerra civil.

Abstract: The civil war was a fact that was really present in the Spanish society for a long time during the 19th century. That is why, Antonio Pirala (1824-1903) one of the first historians who suggested the study of this period, focused on this conflict. The recurrent nature of the war caused a great number of interferences between the political reading and the historic interpretation of a very recent past. Neither the methodological rigour of his studies, nor Pirala's political independence which he always claimed for a historian, allowed him to avoid completely this influence.

Key words: Antonio Pirala, historiography, carlist war, civil war.

El 22 de junio de 1903 moría en Madrid, a los setenta y nueve años de edad, el historiador Antonio Pirala y Criado. Los días siguientes fueron apareciendo en la prensa de la capital distintas necrológicas rindiendo honores a un intelectual que había participado activamente de la vida cultural madrileña durante más de medio siglo. Entre el reconocimiento de su obra y elogios a su carácter, en todas ellas se destacaba sin matizar la expresión de que el recién desaparecido «era el historiador de nuestras guerras civiles»¹. No había exageración en este tratamiento. Recién concluido el siglo XIX, la monumental obra que había sido capaz de realizar sobre la historia contemporánea española, muy bien podía ser entendida como un proyecto histórico de grandes dimensiones destinado a comprender la revolución liberal situando la atención sobre las guerras civiles que habían rasgado la centuria.

No deja de ser significativo que la obra del que pasa por ser uno de los pioneros del contemporaneísmo en la historiografía española haya sido interpretada como una historia de las guerras civiles, máxime cuando su voluntad no era ésta, sino otra mucho más genérica, la de narrar la «accidentada historia de España» desde una perspectiva política en el período que se extiende entre los últimos años del reinado de Fernando VII y la regencia de María Cristina de Habsburgo². Lo que sucede es que revolución y guerra civil anduvieron estrechamente unidas durante buena parte del siglo XIX español y los historiadores liberales que se habían propuesto abordar como eje de su obra la revolución se vieron involucrados directamente en el estudio de la guerra civil. A esta dinámica no fue ajeno Pirala que, desde muy temprano, se había planteado escribir «la historia

¹ Son, cuanto menos, tres las necrológicas que recogen esta expresión, la del *Heraldo de Madrid*, 23 de junio de 1903, p. 2; la de *El Correo*, 23 de junio de 1903, p. 1, y la de *El Liberal*, 23 de junio de 1903. Algunos años antes, cuando Antonio DE BOFARULL redactó su *Historia de la guerra civil de los siete años [1833-1840]*, ya se había referido a Pirala como «el historiador de nuestras guerras civiles». La obra, inédita a la muerte del autor en 1892, ha sido llevada a la imprenta recientemente por la Associació d'Estudis Reusencs, Reus, 2 vols. más 1 vol. de índice onomástico, introducción de Pere Anguera, 1999-2000. La cita en p. 151.

² La expresión procede de PIRALA, A.: *España y la Regencia. Anales de dieciséis años (1885-1902)* por D. Antonio Pirala, *Individuo de número de la Real Academia de la Historia*, vol. 1, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1904, p. 5.

de nuestra verdadera revolución»³ y, a pesar de ello, terminaría siendo identificado como el historiador de «nuestras guerras civiles». En las páginas que siguen vamos a tratar de seguir este proceso de atracción que la guerra civil, ligada a la contemporaneidad del estudio histórico, ejerció sobre la obra de Antonio Pirala hasta llegar a convertirse en un elemento identificativo de su quehacer como historiador.

El historiador y la guerra

Antonio Pirala no participó en la Primera Guerra Carlista⁴. Había nacido en 1824 y alguna vez recordó cómo iban llegando hasta sus oídos las noticias de los combates para mezclarse en su imaginación con las lecturas de tonalidades épicas sobre la Guerra de la Independencia devoradas en sus años de infancia⁵. En la fértil inventiva de quien esperaba convertirse en escritor y codearse muy pronto en tertulias y teatros con los literatos de la cultura liberal, los relatos del conflicto eran valorados fundamentalmente por el componente de heroísmo que contenían. Si la historia no estaba muy definida como género en este momento, mucho menos figuraba entre las preocupaciones de un autor que, sobre todo, se esforzaba por publicar allí donde podía, fueran revistas semanales o colecciones de novelas económicas, valiéndose de sus relaciones personales y políticas⁶.

³ La cita procede del «Discurso preliminar» de PIRALA, A.: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista por D. Antonio Pirala. Escrita en presencia de memorias y documentos inéditos*, Establecimiento Tipográfico de Mellado [1853]. Las referencias a esta obra las hacemos de su edición más accesible, la de 1984, impresa en Madrid por Turner e Historia 16.

⁴ Los detalles sobre la biografía del historiador pueden seguirse en RÚJULA, P.: «Antonio Pirala y la Historia Contemporánea», introducción a *Vindicación del General Maroto y manifiesto razonado de las causas del Convenio de Vergara, de los fusilamientos de Estella y demás sucesos notables que les precedieron...*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2004. Véase también ARÓSTEGUI, J.: «Antonio Pirala en la historiografía española del siglo XIX», en PIRALA, A.: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista...*, op. cit., vol. 1, pp. VII-LXVIII.

⁵ PIRALA, A.: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista...*, op. cit., vol. 2, p. 14.

⁶ Hasta ese momento había publicado artículos en *El Museo de las Familias* y en el *Semanario Pintoresco Español*, además de una novelita *Celinda, novela histórica y original por don Antonio Pirala*, Madrid, Imprenta y casa de la Unión Comercial, 1843.

A este joven escritor debió de dirigirse el general Maroto cuando, hacia 1845, se propuso redactar una obra que reivindicara la honestidad de su actuación al mando del ejército carlista del Norte durante los últimos tiempos de la guerra y que desembocó en el Convenio de Vergara. El militar había intentado escribir el texto por sí mismo, pero las dimensiones de la empresa le habían superado. Por ello decidió procurarse la ayuda de un escritor de oficio que asumiera la labor de trasladar al papel sus ideas. Mediante esta colaboración Maroto consiguió una obra muy solvente con la que terciar en la enorme polémica que el acuerdo de paz había provocado⁷ y, sobre todo, una fórmula calculada para irrumpir en el debate político español en el momento en que su actuación parecía verse refrendada por los hechos. La llegada de los moderados al poder y la declaración de Isabel II como mayor de edad habían abierto un clima favorable a la incorporación del carlismo temperado al sistema a través del matrimonio del hijo de don Carlos —el conde de Montemolín— con la reina, resolviendo así el conflicto sucesorio por medio de una alianza antirrevolucionaria⁸.

La obra defendía la tesis de que el Convenio de Vergara constituía un punto culminante en la historia de la nación española porque

⁷ Es imposible dar cuenta de la infinidad de hojas, folletos y libros que alimentaron la polémica. A título de muestra pueden destacarse, además de numerosos textos breves como los del padre Antonio Casares, otras publicaciones como las de MITCHELL, G.: *Le camp et la Cour de don Carlos. Narration historique des événements survenus dans les provinces du Nord depuis le moment où Maroto prit le commandement de l'Armée carliste en 1838 jusqu' l'entrée de don Carlos en France en 1839 avec des documents justificatifs et des notes illustratives procédée de la biographie de Maroto*, Bayona, Imprimerie d'Edouard Maruin, 1839; ARIZAGA, J. M.: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra. Los fusilamientos de Estella, y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*, Madrid, Imp. Vicente de Lalama, 1840; URBIZTONDO, A.: *Apuntes para la guerra de Navarra en su última época y especialmente sobre el Convenio de Vergara, por el mariscal de campo don...*, Madrid, Imp. de D. R. de la Sota, 1841; AVIRANETA, E. de: *Memoria dirigida al gobierno español, sobre los planes y operaciones, puestos en ejecución para aniquilar la rebelión en las provincias del Norte de España*, Tolosa, Imp. d'August Henault, 1841, o LASSALA, M.: *Historia política del partido carlista, de sus divisiones, de su gobierno, de sus ideas y del Convenio de Vergara, con noticias biográficas que dan a conocer cuáles han sido don Carlos, sus generales, sus favoritos y principales ministros*, Madrid, Viuda de Jordán e Hijos, 1841.

⁸ Cfr. BALMES, J.: *Obras Completas*, t. VII, *Escritos políticos*, Madrid, BAC, 1950, pp. 205-817; FRADERA, J. M.: *Jaume Balmes. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, Vic, Eumo, 1996, pp. 265-277, y BURDIEL, I.: *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa-Calpe, 2004, pp. 268-272.

había atraído a los carlistas hacia la paz sin lesión alguna para la dignidad de la monarquía constitucional⁹. A partir de ahí construía una interpretación de la guerra civil como el resultado de una disputa por intereses políticos en una coyuntura crítica y no como consecuencia de una discrepancia jurídica en torno a los derechos sucesorios a la corona. Consagraba, además, la idea de que tras el apoyo a don Carlos se encontraban dos componentes marcadamente diferentes, los moderados y los apostólicos, que evolucionaron de manera distinta a lo largo de la guerra, estableciéndose finalmente el Convenio con el más numeroso y popular de ellos. Y defendía que los planes de transacción habían prendido entre la oficialidad carlista mucho antes de su llegada a la jefatura del ejército y que éstos continuaron después de que su intento de negociación con Espartero no se viera culminado con el éxito. El celebrado abrazo de Vergara sería, desde esta perspectiva, la escenificación de un acuerdo que Maroto no había suscrito, pero que reconocía en representación de lo que consideraba la opinión mayoritaria del ejército¹⁰. En definitiva, intentaba transmitir la imagen de un hombre que, situado por encima del interés individual, había desempeñado su responsabilidad con honor buscando siempre el beneficio de sus tropas.

El encargo de escribir la *Vindicación del general Maroto* y el contacto con el propio general tuvieron una gran influencia sobre la trayectoria posterior de Antonio Pírala. En primer lugar, porque determinó de manera muy significativa el territorio intelectual en el que desarrollaría su actividad como escritor a partir de ese momento. Esta obra le había permitido conocer a muchos excombatientes de la Primera Guerra Carlista que le contaron sus historias e incluso le cedieron la documentación con la que pretendían demostrar sus afirmaciones, entrando así en contacto directo con un volumen muy importante de documentación pública y privada sobre el conflicto. Además tuvo el efecto de situar al escritor en el camino de la publicística sobre la guerra, un tema que progresivamente irá ejerciendo mayor atracción sobre su trabajo y que terminará por llevarle hasta el territorio de la historia. Pero esta influencia también se dejó sentir sobre la interpretación que Pírala fue desarrollando sobre la guerra. Resulta muy interesante comprobar cómo buena parte de los pre-

⁹ [PIRALA, A.]: *Vindicación del general Maroto...*, *op. cit.*, p. 5.

¹⁰ Los detalles de esta argumentación pueden seguirse en RÚJULA, P.: «Antonio Pírala y la Historia Contemporánea», *op. cit.*

supuestos con los que Maroto planteó su obra vindicativa pasaron a ser patrimonio del historiador, que orientó sus escritos posteriores desde posiciones muy similares. Es bastante más que una coincidencia que compartiera con aquél su concepción de la guerra civil como conflicto de intereses o que identificara del mismo modo en el carlismo dos componentes que le permitían una actitud respetuosa con los carlistas, aunque muy crítica con don Carlos y su entorno. La misma similitud se aprecia en otros muchos aspectos como la interpretación de los hechos de Vergara, la construcción del discurso desde el nuevo orden de cosas surgido de la revolución, o la voluntad de situarse como un hombre bueno, al margen de cualquier afán político, y preocupado, sobre todo, por los elevados intereses de la nación.

Publicística

El libro adquirió notable resonancia en la época¹¹ y el escritor que entonces era Pirala encaminó sus pasos hacia el territorio de la publicística del momento, que abordaba con profusión los temas de la guerra recién concluida. A ella recurrían tanto políticos y militares que deseaban jugar sus bazas en la vida pública de la monarquía isabelina, como editores que habían descubierto hacía tiempo que el público se llevaba de sus manos, apenas impresas, las entregas de obras sobre la Primera Guerra Carlista, o escritores a la busca de un campo en el que ejercitar con eco sus habilidades literarias. Para desarrollar su obra en este terreno recurrió a la interpretación global de la guerra civil que había construido para Maroto, cuya principal virtud consistía en situarse en una posición muy centrada dentro del espectro político, con enormes posibilidades de captar lectores de opinión muy diversa. Pero Antonio Pirala estaba lejos de ser un carlista reconvertido al moderantismo, era un joven que

¹¹ Un activo editor como Benito Hortelano pugnó sin éxito por imprimirlo en sus talleres (*Memorias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936, p. 69) y, muy pronto, tuvo una contundente réplica titulada *Resumen histórico de la campaña sostenida en el territorio vasco-navarro a nombre de Don Carlos María Isidro de Borbón... e impugnación del libro que sale a la luz con el título de «Vindicación del general Maroto»*, 2 vols., Madrid, Imprenta de D. José de C. de la Peña, 1846-1847. Desde entonces será referencia obligada en las obras sobre el tema.

se movía en los ambientes del partido progresista¹² y que participaba con entusiasmo de la cultura del liberalismo, de ahí que todo ello apareciera convenientemente integrado entre las preocupaciones, los temas y la retórica propios de los liberales del momento.

En este universo de la publicística Pirala se movió con habilidad. Colaboró muy activamente con Eduardo Chao, Pedro Chamorro Baquerizo y José Agustín Colón en la *Galería Militar Contemporánea*¹³ y en su continuación, *La guerra de Cataluña*¹⁴, para volcarse de lleno a continuación en las entregas de *La Semana*, donde desarrolló un amplio plan de colaboraciones de historia europea contemporánea y española de todos los tiempos, aunque el grueso de sus artículos se dirigían a lo que mejor conocía, los episodios de la guerra civil. Entre todos estos trabajos Pirala redactó un gran número de biografías sobre los protagonistas de ambos bandos, e hizo incursiones monográficas en temas como la insurrección de los agraviados de Cataluña o el Convenio de Vergara. Más adelante participará con nuevas biografías en el *Estado mayor general del Ejército Español*¹⁵, numerosos artículos para la *Enciclopedia Moderna*¹⁶ y realizará

¹² Sólo dos años después escribiría una obra celebrando la revolución de 1848. *Sucesos de París, Páginas de Gloria. Por don Antonio Pirala*, Madrid, Imprenta de don José María Alonso, 1848.

¹³ *Galería Militar Contemporánea. Colección de biografías y retratos de los generales que más celebridad han conseguido en los ejércitos liberal y carlista durante la última guerra civil, con una descripción particular y detallada de las campañas del Norte y Cataluña. Obra original redactada con presencia de diarios originales de operaciones y otros documentos inéditos proporcionados por los diferentes caudillos que han de figurar en la historia*, 2 vols., Madrid, Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía, 1846.

¹⁴ CHAO, E. (dir.): *La guerra de Cataluña. Historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1827 hasta el día, con las biografías de los principales personajes carlistas y liberales. Redactada por oficiales que fueron actores o testigos de los acontecimientos, bajo la dirección de...*, 2 vols., Madrid, Imprenta y establecimiento de grabado de Don Baltasar González, 1847.

¹⁵ *Estado mayor general del Ejército Español. Historia del ilustre cuerpo de oficiales generales formada con las biografías de los que más se han distinguido e ilustrada con los retratos de cuerpo entero escrita y publicada bajo la dirección del oficial del arma de infantería don Pedro Chamorro y Baquerizo precedida de un prólogo del Excmo. Sr. teniente general D. Evaristo San Miguel*, 4 vols., 2.ª ed., Madrid, Imprenta de Tomás Fortanet, 1851-1852.

¹⁶ *Enciclopedia Moderna: Diccionario Universal de literatura, ciencias, artes, industria y comercio publicada por Francisco de P. Mellado*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1852.

la introducción a las memorias políticas del recién fallecido Javier de Burgos¹⁷.

En toda esta producción Piralá reivindicó el heroísmo de la guerra sin distinguir el bando en que éste se había producido. Quería «entusiasmar» a los lectores «con los brillantes hechos de nuestros compatriotas, considerándoles, no como al jefe de uno u otro bando, sino como al español que ha conquistado un puesto en el catálogo de los hombres célebres»¹⁸. Terminada la guerra, era el momento de leer los acontecimientos a través del filtro del heroísmo porque así podía distanciarse con facilidad de posturas partidistas y fundir las acciones notables en el conjunto de las virtudes nacionales. Por eso, al referirse a Zumalacárregui lo hacía como «el héroe de Ormaiztegui, de la inteligencia del campo carlista, del español, en fin cuya memoria debe ser dulce para todos los compatriotas, de quienes ha sido admirado y envidado por los extranjeros»¹⁹; y la visión de Maroto emanada de su pluma era tan favorable que se veía en la necesidad de afirmar: «No somos apologistas de aquel general»²⁰. No obstante, era implacable con el entorno de don Carlos y con algunas actitudes del clero, dos elementos que se reunían en la figura de Joaquín Abarca, obispo de León, uno de los cortesanos más influyentes del Pretendiente, a quien se refería en estos términos: «Los hombres adquieren celebridad por su virtud, su heroísmo, su talento, y por los grandes hechos que son una consecuencia de tales antecedentes; pero a ninguno de éstos, en el buen uso que de ellos debe hacerse, ha debido Abarca la popularidad de que goza su nombre. No le negaremos conocimientos, pero sí el mal empleo de ellos; no le disputaremos el valor, pero lo tuvo para las malas causas, y carece de virtud quien ejerce actos reprobables, indignos de su sagrada dignidad»²¹. Y es que, pese a las concesiones, Piralá participaba de los presupuestos del liberalismo de su época e incluso, afín a los círculos del progresismo, era un defensor de la revolución como instrumento para el avance de los pueblos. «Nosotros asentaremos

¹⁷ «Noticia biográfica del Excmo. Sr. D. de Javier de Burgos», en BURGOS, J. de: *Anales del reinado de D.^a Isabel II. Obra póstuma de don Javier de Burgos*, t. I, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1850, pp. 1-125.

¹⁸ «Biografía de Don Tomás de Zumalacárregui», *La Semana*, 1849, p. 84.

¹⁹ *Ibid.*, p. 83.

²⁰ «El Convenio de Vergara», *La Semana*, 1850, p. 271.

²¹ «El Obispo de León. Ministro Universal de don Carlos», *La Semana*, 1849, p. 110.

—afirmaba—, con perdón de los pesimistas, que las revoluciones han sido siempre el preludio de la ilustración de los pueblos: ellas les han precedido en su marcha regeneradora, y aunque parecían ser seguidas de principios disolventes, no lo eran sino de medios creadores para conseguir el fin a que aspira la sociedad»²².

También en estas publicaciones de carácter publicístico fue planteándose preguntas y proponiendo soluciones en torno al significado de escribir historia sobre acontecimientos recientes. De hecho, para referirse a ella, apostó desde muy temprano por el uso del concepto «Historia Contemporánea»²³. Trató de identificar la secuencia histórica de la guerra civil profundizando en la fecha de 1827 como nudo clave en todo el enfrentamiento. «La insurrección de Cataluña en 1827 —escribía— fue el preludio de la guerra civil que terminó en 1840 y se reprodujo en 1846, para deponer a los tres años unas armas que están más bien ocultas que entregadas»²⁴. Y, sobre todo, tomó conciencia de la importancia de abordar el relato desde una posición de objetividad, ya que el partidismo era una de las fuentes principales de arbitrariedad en la interpretación de los acontecimientos. «Para describir los sucesos que forman su historia no mojaremos nuestra pluma en la ponzoñosa tinta del espíritu de partido —afirmaba—; y cual cumple a la noble misión del historiador, nos desnudaremos de nuestras afecciones políticas pintando con el color de la verdad la fe y ardimiento con que millares de paisanos abandonaron sus hogares para agruparse en rededor de una bandera en la que veían escritas las tradiciones de sus antepasados; y la decisión y bravura de un numeroso ejército que fiel a sus juramentos, secundado por otra parte del pueblo, vertió su sangre en cien combates en defensa de su reina y de los principios proclamados por los gobiernos constitucionales»²⁵. Esta actitud le llevaría a eludir, en ocasiones, valoraciones críticas en cuestiones que podrían llevar a desequilibrar esta visión distante y desapasionada del conflicto. «Formalizada ya la guerra empezó a ser sanguinaria, merced al bárbaro sistema de represalia que, sin tratar aquí de parte de quién está la culpabilidad, sólo nos lamentaremos de tantas víctimas...»²⁶.

²² «Don Ramón Cabrera», *La Semana*, 1849, p. 35.

²³ «Biografía de Don Tomás de Zumalacárregui», *La Semana*, 1849, p. 84.

²⁴ «Historia Contemporánea. 1827», *La Semana*, 1849, p. 68.

²⁵ «Introducción», *Galería Militar Contemporánea...*, *op. cit.*, t. I, p. VI.

²⁶ «Biografía de Don Tomás de Zumalacárregui», *La Semana*, 1849, p. 84.

En medio de estas piruetas para encontrar un espacio libre de compromiso que le permitiese narrar sin pasión y con equidad el conflicto, Pirala comenzó a enfrentarse con el problema de la veracidad. Aquí se encuentra el punto de transición que lleva del publicista al historiador. Consciente de que la historia reciente era un territorio al que todo el mundo concurría con sus opiniones mejor o peor informadas, la voz del historiador no podía ser una más entre todas ellas. Y no bastaba únicamente con proponerse ocupar una posición central entre contendientes políticos, era necesario armarse con un argumento de autoridad. Aquí es donde Pirala recurrió al documento. Los documentos, que había utilizado con profusión en beneficio de Maroto para defender su argumentación, habían empezado a llegar hasta sus manos a medida que se iba internando en el tema de la guerra civil y había terminado por darse cuenta que eran precisamente ellos los que convertían su versión en superior a todas las demás. Por eso, al concluir la *Galería Militar Contemporánea*, muy consciente de esta circunstancia, se esforzaba en ponerla de manifiesto: «réstanos manifestar a nuestros lectores que para esta obra, ajena a toda bandería política, se apreciaron con iguales consideraciones los datos, tanto del bando constitucional como del carlista. Por parte de la Reina no sólo se proporcionaron los *diarios originales del E. M.*, sino que cooperaron a enriquecer esta obra con interesantes manuscritos el *coronel Quesada (hijo del malogrado general)*, que nos facilitó todos los papeles pertenecientes a éste, y los generales *Oráa, Valdés, Rodil, Alaix, Linares* y otros jefes de superior graduación. Por parte de D. Carlos se tuvieron a la vista varios diarios de operaciones y los datos de los generales *Simón de la Torre, Eguía, Villareal, Conde Negri, Zaratiegui, Maroto, Vargas* y otros jefes»²⁷. Antonio Pirala había descubierto la fortaleza que los documentos proporcionaban a la argumentación histórica y cómo su valor probatorio dotaba de veracidad al discurso. Desde entonces no dejará de aprovechar las ventajas que la erudición podía ofrecer a quién, como él, utilizaba el pasado como materia prima.

²⁷ «Advertencia al lector», *Galería Militar Contemporánea...*, *op. cit.*, s. p. Las cursivas están en el original.

Historia de la guerra civil

Poco a poco, sin haberlo pretendido, Pirala se había ido convirtiendo en un escritor especializado en la historia más reciente de España, aunque, de momento, su obra era tan sólo la de un publicista, un ensayista bien documentado que resolvía con eficacia los encargos que iba recibiendo. No obstante, las bases para comenzar a plantearse la cuestión desde la perspectiva del historiador estaban echadas, tan sólo faltaba la oportunidad, y ésta surgió de su contacto con el universo intelectual que rodeaba al Establecimiento Tipográfico de Mellado²⁸. Francisco de Paula Mellado dirigía una de las empresas editoriales más importantes del país en las décadas centrales del siglo XIX, período en el que sus prensas produjeron títulos muy notables en todos los géneros: literatura clásica y contemporánea, tanto española como extranjera, libros de viajes, obras de pensamiento, enciclopedias prácticas, renombradas revistas como *El Museo de las Familias* o *Fray Gerundio* y, sobre todo, un amplio catálogo de historia que incluía títulos de Guizot, Thiers o Javier de Burgos. Poseía también dos obras que tuvieron una enorme influencia sobre los historiadores de ese momento: la *Historia Universal* de César Cantú (1847) y la *Historia General de España* de Modesto Lafuente (1850). Pirala llevaba desde 1849 desempeñando diversos encargos para Mellado, lo que le dio la oportunidad de conocer muy bien toda esta producción que constituía una fuente de renovación de la historia que por entonces se hacía en España y de establecer relación personal con Modesto Lafuente, una de las figuras más significativas de esta renovación²⁹.

²⁸ Sobre el Establecimiento de Mellado, cfr. ARTIGAS SANZ, M.^a del C.: «La obra de Francisco de P. Mellado. Fecundo y ejemplar impresor», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. LXXIII, 1966, pp. 8 y 12, y BOTREL, J. F.: *Libros, Prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993, pp. 556 y 389-399.

²⁹ Sobre Modesto Lafuente, además del clásico estudio de FERRER DEL RÍO, A.: «El señor don Modesto Lafuente, su vida y sus escritos», *Historia General de España*, t. XV, Madrid, Imprenta del Banco Industrial y Mercantil, 1866, pp. 1-79, cfr. PÉREZ GARZÓN, J. S.: «Modesto Lafuente, artífice de la Historia de España», estudio preliminar a LAFUENTE, M.: *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Discurso preliminar*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2003, pp. I-XCVII. Para el contexto, CIRUJANO, P.; ELORRIAGA, T., y PÉREZ GARZÓN, J. S.: *Historiografía*

Fue entonces cuando Mellado y Lafuente impulsaron a Pirala a que, apoyándose en todo lo que tenía ya realizado, emprendiera una historia de la guerra carlista de grandes dimensiones. En 1853 aparecía el primero de los cinco volúmenes que compondrían *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, probablemente la obra con la que alcanzaría mayor celebridad. Pese a que formalmente se diferencia mucho de lo que hasta esa fecha había llevado a la imprenta, de hecho se trataba de una continuación ordenada del trabajo que había desarrollado en los últimos años. Allí aparecían las mismas fórmulas —suma de biografías, relato político y narración militar— y muchos de los planteamientos generales que habían sido esbozados en su etapa publicística. La auténtica novedad residía en que una obra de tales dimensiones exigía la elaboración de un discurso que sirviera como eje a la narración, que no tenía la posibilidad de hurtar por completo los temas controvertidos y, además, debía procurar que todas las piezas encajaran. El autor, hasta ese momento, no poseía experiencia en obras similares, de modo que eludió las grandes definiciones historiográficas concentrando su atención en el terreno de lo concreto, con lo que consiguió un cierto tono de positivismo que le valió no sólo un éxito momentáneo, sino también una larga aceptación en el tiempo³⁰. Otro tanto sucedió desde el punto de vista político. Verdaderamente interesado en asumir el papel de historiador, hizo lo posible para situarse por encima de las disputas partidistas y para ello construyó una obra que se apoyaba sobre cuatro pilares fundamentales.

El primero de ellos consistía en desarrollar una metodología propia que avalase la superioridad de juicio del historiador por encima de la de cualquier otro escritor. Para ello leyó con actitud crítica todo lo que se había publicado hasta la fecha, descubriendo la multitud de errores circulantes, incluso en «las publicaciones en que hemos tenido parte». Buscó documentos originales allí donde podía obtenerlos, llegando a reunir un magnífico archivo cuyo extraordinario

y *nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid, CSIC, 1985; PEIRÓ, I., y PASAMAR, G.: *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la Historiografía española contemporánea*, Madrid, Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas, 1996, y PEIRÓ, I.: *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995.

³⁰ Durante la vida del autor, tras la primera edición de 1853, fue reeditada en una versión ampliada en 1868 y 1891.

valor será reconocido dos décadas más tarde¹ cuando sea adquirido por el Ministerio de Fomento y reclamado inmediatamente por la Real Academia de la Historia, que se ofreció a custodiarlo entre sus fondos. Habló con cuantos protagonistas tenían algo que decir sobre la guerra, pues defendía que la «Historia Contemporánea» tiene «la ventaja de poder consultar a los mismos actores de los sucesos». Y, finalmente, viajó a los escenarios del conflicto para conocer sobre el terreno las circunstancias en que tuvieron lugar los enfrentamientos. Todo ello constituía una base erudita muy sólida y todavía no intentada por nadie para el estudio de acontecimientos tan cercanos, lo que le confirió una gran ventaja respecto al resto de los autores que habían abordado el tema.

En segundo lugar, Pirala tuvo que resolver el problema del estilo. Si quería mantenerse alejado de las «pasiones» debía optar por un registro sobrio y contenido, sin concesiones efectistas que pudieran traslucir gratuitamente las debilidades ideológicas del historiador. Además era muy consciente de que estos matices eran mucho más importantes cuando se abordaba la historia de acontecimientos próximos en el tiempo, porque el lector poseía información directa sobre ellos y detectaría mucho mejor que en las obras sobre hechos remotos las oscilaciones del lenguaje. Como consecuencia de ello, la de Pirala será una historia sin adjetivos. Redujo al máximo la calificación de los hechos, cargó el peso de la narración en las acciones y fijó su atención sobre lo sustantivo, desarrollando un lenguaje que, si bien no gozaba de la ligereza como virtud, le permitió no comprometerse en la interpretación de los hechos, transmitiendo la impronta de un observador objetivo.

Constituye el tercero de los pilares su voluntad de abordar la guerra civil desde la perspectiva del liberalismo triunfante. La de Pirala era una interpretación del conflicto plenamente coherente con el régimen isabelino configurado en torno a la Constitución de 1846. El autor había manifestado la voluntad de situarse alejado de cualquier partidismo, pero no en el contexto de la guerra, que hubiera implicado buscar un punto de equilibrio entre el liberalismo y el carlismo, sino en el momento en el que se disponía a escribirla. Desde esta perspectiva podía considerar la revolución liberal como un elemento determinante, y positivo, en el desarrollo de la nación española, sin equipararla en ningún caso a la defensa del absolutismo. Con la misma coherencia, el carlismo que aceptó la transacción en Vergara era

tratado de manera condescendiente y comprensiva, puesto que terminaría por reconocer el orden isabelino fundiéndose así en el conjunto de la nación que pretendía construir el liberalismo. No sucedía lo mismo con la facción carlista seguidora de don Carlos que rechazó el acuerdo; ésta será censurada y expuestos todos sus defectos, generando así el efecto de aparecer como la depositaria de todas las perversiones. Su derrota no sólo significaría el fin de la guerra, sino la extinción del error, abriéndose con ello el camino para el entendimiento en el contexto del liberalismo moderado.

Finalmente, también resulta decisiva la vocación patriótica con la que Pirala afrontó la escritura de la historia de la guerra civil. Para él, la historia era la maestra de los pueblos, una escuela de patriotismo en la que los ciudadanos debían buscar inspiración para alejarse de los errores cometidos en otros tiempos. De ahí la coherencia entre su obra y la realidad político-social en la que surge, ya que el patriotismo ponía límites al ejercicio crítico cuando podía quedar en entredicho el servicio del historiador a su patria. La búsqueda del valor ejemplar de la historia le conducía a mitigar las interpretaciones que entraban en colisión con los intereses del régimen, algo que no había ocultado, puesto que lo consideraba parte del «deber» del historiador: «siempre nos hemos atendido —escribía en este sentido— a documentos originales, o noticias de personas de consideración y respeto, y más hemos procurado atenuar los hechos desfavorables que agravarlos. Amamos mucho a nuestra patria y quisiéramos que todos los españoles obraran cual dignísimos hijos de ella»³¹.

Nuevas guerras

La *Historia de la guerra civil* supera a cualquier otra obra general sobre la Primera Guerra Carlista que se haya escrito. Haberse acomodado al espacio central de la opinión política de su tiempo le proporcionó una buena acogida en el público, la distancia del estilo le garantizó longevidad, y la sólida erudición le fue ganando reconocimiento historiográfico entre todos los estudiosos que se acercaron

³¹ PIRALA, A.: *Historia de la guerra civil y de los partidos...*, op. cit., vol. 6, p. 555.

al tema³². Muy pronto su autor fue identificado por todos como «el historiador de la guerra», en expresión de Zamora y Caballero, que haría de él un uso poco medido como fuente en su *Historia General de España*³³. No extraña, pues, que en 1874 fuera requerido, en su condición de experto en guerras civiles, por una de las revistas más prestigiosas de la época, en la que publicaban destacados personajes de la intelectualidad liberal, la *Revista de España*, para escribir un artículo de actualidad sobre el nuevo conflicto desencadenado por la insurrección carlista con el objetivo de entronizar a Carlos VII.

El artículo, titulado «La guerra civil»³⁴, planteaba un ejercicio de comparación entre la Primera Guerra Carlista y el que ya empezaba a manifestarse como un nuevo conflicto civil de considerables dimensiones. Entre los aspectos donde reconocía comportamientos similares a los de la primera guerra señalaba el papel del clero. «Entonces, como ahora —afirmaba—, fue una parte del clero poderoso instrumento para soliviantar los ánimos y enardecer las pasiones». También identificaba el temor que en otro tiempo despertó la incertidumbre de una larga regencia como la de Isabel II, con la amenaza que entonces se había experimentado ante los «excesos» de algunos republicanos. Los carlistas demostraban en ese momento la misma división que antaño, sólo que ahora ya no entre apostólicos y moderados, sino entre carlistas viejos, nuevos y partidarios de Cabrera. Pero «si a los carlistas no ha enseñado la historia, tampoco los liberales han aprendido mucho», ya que también esta vez eran pasto de divisiones. «Antes como ahora, no ha sido obstáculo el común enemigo y el mayor peligro para dar rienda suelta a las pasiones, y como no bastara la sangre que se derramaba contra el carlismo, se peleaban también los mismos liberales unos contra otros».

³² Puede servir de ejemplo la actitud de autores muy posteriores y tan alejados de él en sus planteamientos como FERRER, M.: *Historia del Tradicionalismo Español. Carlos VI. Desde el final de la guerra de los matiners en 1849 hasta la terminación de la campaña montemolinista de 1855-1856*, t. XX, Sevilla, Editorial Católica Española, s. a., p. 126, o AZCONA, J. M.: «Pirala (Antonio)», en *Zumalacárregui...*, op. cit., pp. 328-329.

³³ *Historia General de España y de sus posesiones de ultramar, desde los tiempos primitivos hasta el advenimiento de la República* por D. E. Zamora y Caballero, sacada de las principales crónicas, anales e historias de César Cantú, el conde de Segur, Anquetil, Muller, Chateaubriand, Bossuet, Montesquieu, Conde, Mariana, Lafuente y otros célebres historiadores, t. VI, Madrid, Establecimiento tipográfico de J. A. Muñoz, 1875.

³⁴ «La guerra civil», *Revista de España*, t. XXXVII, núm. 145, 1874, pp. 60-73. Las citas siguientes proceden de este artículo.

No obstante, identificaba notables diferencias entre ambos conflictos. En primer lugar, en una cuestión de fondo como la dinástica. Sobre ella afirmaba Pirala que, reclamando el derecho al trono vacante de Isabel II, «se reconoce el derecho de la soberanía nacional al aceptar las consecuencias dinásticas de la revolución de septiembre de 1868». De ahí que no hubieran «escrito los defensores de D. Carlos en su bandera la palabra *Derecho*, sino las de *Dios*, *patria* y *rey*, que figuran también al frente de su periódico, y en ello han obrado con acierto». Jugaba aquí el historiador bazas políticas en medio de una situación cambiante y muy confusa que iba transitando hacia la Restauración alfoncina. Oportunismo que también podía apreciarse en las numerosas críticas a los republicanos o a cierta minusvaloración de Carlos VII, que «no está revestido de la aureola de su abuelo, ni alegar puede sus méritos», una reivindicación de Carlos V que sorprende más por la dureza que siempre le había regalado en sus juicios anteriores. De igual modo, el resto de las diferencias que señalaba servían para poner de manifiesto debilidades de los carlistas, bien fuera la fragilidad de los apoyos extranjeros respecto a los que entonces había disfrutado, la incapacidad para desplegar expediciones como las de antaño o la ausencia de jefes de talla comparable a los de la primera guerra. «Cuenta D. Carlos —escribía en este sentido— con grandes y valientes masas de hombres, pero no es bastante. Necesita jefes organizadores como Zumalacárregui, generales del tranquilo y jamás mermado valor de Villarreal, del indomable arrojo y bravura de La Torre, de la valentía e instrucción de D. Sebastián, de la pericia militar de Eguía, de la serena bizarría de Vargas, del carácter y condiciones militares de Maroto, de la Audacia de Gómez, de la travesura de Zaratiegui, de un Cabrera para el Maestrazgo y de un conde de España para Cataluña, y nada de esto tiene, ni aún se le aproxima en general».

Sin esperar a que el humo de la pólvora se hubiera desvanecido, Pirala se dispuso a escribir sobre la Segunda Guerra Carlista como había hecho con la primera y en 1875 comenzó a publicar *Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil*³⁵. En apariencia se trataba simplemente de continuar con *Historia de la guerra civil* en el punto que había quedado en la segunda edición, sin embargo, había algunos elementos que ya no eran como entonces.

³⁵ 6 vols., Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1875-1879.

En primer lugar, no iba a disponer de un largo período de estudio. Por las fechas de publicación podemos deducir que algunas partes del conflicto comenzaron a ser redactadas cuando todavía no habían concluido los combates. El mismo autor confiesa la premura con la que había escrito: «Al comenzar la publicación de esta obra, creíamos haber escrito lo bastante para que siguiera su curso, sin que la lentitud cansara, ni la premura perjudicase; pero cada suceso exigía nuevas investigaciones, cada descubrimiento abría nuevos horizontes, demandaba repetidas pesquisas, y nos obligaba a consultas y viajes; y el retardo que todo esto originaba, impacientaba al suscriptor que quería recibir periódicamente entregas o cuadernos, nos atormentaba el deseo de complacerle, y nos arrastraba a satisfacer su impaciente afán: escribíamos capítulos como se escriben artículos de periódicos, al correr de la pluma, y no pocas veces abrasado por la fiebre». Preocupado por la viabilidad económica de la obra estaba decidido a explotar la avidez de los lectores que deseaban conocer la última guerra carlista guiados por el más reconocido especialista de la primera, pero consciente de que el resultado tenía algo de apresurado no quería dejar de intentar una disculpa.

Por otro lado, el Pirala de la década de los setenta era un hombre que había jugado, aunque con escasa fortuna, diferentes bazas políticas y, en el trayecto, había moderado sustancialmente sus posiciones ideológicas. Ahora, cuando la coronación de Alfonso XII era un hecho y comenzaban a vislumbrarse las reglas del juego de la Restauración, volvía a intentar que el registro de su relato no entrara en conflicto con el del régimen. No conviene olvidar que años más tarde terminaría ingresando en la institución que representaba la historia oficial de la Restauración, la Real Academia de la Historia, lo que da buena prueba de que había conseguido su objetivo³⁶.

Con estos condicionantes económicos y políticos afrontó el reto de presentar la Segunda Guerra Carlista haciendo acopio de sus mejores armas de escritor unidas a la experiencia del historiador. En general centró su atención en la narración militar, siguiendo minuciosamente el desarrollo de las campañas del ejército carlista y del liberal. En las contadas ocasiones que descendió a ofrecer reflexiones generales sobre el conflicto se valió, siempre que pudo, de testimonios procedentes de autoridades o de partidarios de uno y otro bando

³⁶ Sobre el contexto intelectual de la Academia, cfr. el estudio de PEIRÓ, I.: *Los guardianes de la Historia...*, *op. cit.*

que defendían sus argumentos. Así volvió a fijarse en la actividad del clero como inductor, sobre todo tras el reconocimiento del reino de Italia por la monarquía española. Miraba ahora con desconfianza a la revolución, considerándola un revulsivo para el carlismo popular; insistía en la tradición insurreccional arraigada en el País Vasco y Navarra, y señalaba la represión del gobierno sobre los prisioneros de la primera sublevación de 1872 casi de la misma forma en que Maroto había responsabilizado a la depuración del ejército en 1832 como causante de muchas adhesiones al levantamiento del año siguiente³⁷. Y para explicar el final de la guerra recurrió a un símil biológico. «La conclusión de la guerra, tan inesperada para unos e inexplicable para otros, fue un hecho natural, dados los muchos y varios gérmenes de muerte que el ejército carlista llevaba en su seno. Los que en un principio arrostraban contentos los mayores peligros, prodigaban generosos su sangre y sacrificaban impávidos su vida habían ido perdiendo aquella fe que producía su heroísmo. Empezaron por desconfiar de sus caudillos, dudaron del éxito de su causa, y acabaron por abandonarla»³⁸. A pesar de todo, Pirala seguía leyendo esta guerra en la primera, y situaba en ella los registros que en otro tiempo había aprendido a valorar como virtudes del partido carlista: el heroísmo, el entusiasmo en defensa de los principios, la valía de los jefes o la acción fundamental del clero. Cotejando a través de ellas lo sucedido, concluía defendiendo que el carlismo se había alejado de la sociedad y el que en otro tiempo fue un movimiento que conectaba de forma amplia con la población, ahora había errado por la mala dirección de sus responsables. «Robusta existencia ha demostrado el partido carlista —afirmaba—, pero la ha gastado derramando su sangre y la de sus enemigos. Tenía de su lado grandes masas y, como no les guiaban brillantes inteligencias, empleaban lo que poseían, la fuerza, y ya han visto que no basta para vencer. Debemos repetirlo, porque importa a todos, y porque consideramos la guerra civil como la mayor de las calamidades: el partido carlista ha sufrido en la última guerra las naturales e inevitables consecuencias de su alejamiento de la vida pública»³⁹.

³⁷ Citamos de la segunda edición. *Historia Contemporánea. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de don Alfonso XII*, t. II, Madrid, Felipe González Rojas editor, 1892, pp. 584-585.

³⁸ *Ibid.*, t. III, 1893, p. 864.

³⁹ *Ibid.*, p. 866.

Después de haber redactado este acta de defunción del carlismo militar, Pírala recibió el encargo de participar en la continuación de una obra a cuyo autor había admirado, la *Historia General de España* de Modesto Lafuente, que los editores habían encargado coordinar al escritor Juan Valera. Su parte consistía en realizar la síntesis de la historia española desde 1860 hasta el final de la guerra carlista. Habían transcurrido algunos años más desde el final de la guerra y el texto debía ser una síntesis de divulgación. En general no dedicó espacio a la reflexión, y resolvió el encargo con información seriada sobre los acontecimientos, pero debió considerar que era el momento de recuperar el magisterio de la historia guiado por el patriotismo. Así es como, dando un paso atrás, protegía a los españoles tras un reparto de culpas entre los contendientes, eludiendo de este modo emitir un juicio sobre las causas del conflicto. Creía entender que, en el contexto de la paz, la guerra debía quedar reducida a un relato épico sin consecuencias, y por ello se decidía a mirar hacia adelante y centrar su atención en el horizonte de prosperidad que se abría tras el cese de los combates. «Había terminado la guerra —escribió— y se necesitaba consolidar la paz, base de la riqueza del bien público, y afianzar la libertad, como fuente de regeneración y de progreso, curando el bienestar público los males por la lucha causados, y borrando la civilización el fanatismo en unos, la intransigencia en otros y arraigando en el corazón de todos el santo amor a la patria para que, amada como madre, nos consideremos todos como hermanos»⁴⁰. Pírala, en este su último texto sobre la guerra civil, seguía considerando que el historiador tenía un deber que cumplir y que en ese momento bien podía ser el de actuar como agente cauterizador de las heridas abiertas en el conflicto.

Ante los ojos

La guerra civil estuvo demasiado presente en la vida de los liberales del siglo XIX como para reflexionar sobre ella de manera serena. Cuando en 1874 Pírala daba cuenta de todos los intentos carlistas

⁴⁰ *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII. Por D. Modesto Lafuente. Continuada desde dicha época hasta nuestros días por D. Juan Valera, con la colaboración de don Andrés Borrego y don Antonio Pírala, vol. 6, Barcelona, Montaner y Simón, 1882, p. 776.*

que se habían producido desde el Convenio de Vergara hasta esa fecha, estaba poniendo de manifiesto también las dificultades para escribir historia de la guerra sin que ésta condicionara seriamente el análisis⁴¹. El conflicto civil había estado en el alumbramiento del régimen liberal y, como tal, formaba parte del precio a pagar para poner fin al Antiguo Régimen, pero la continuidad del enfrentamiento a lo largo del siglo actualizó de continuo su influencia sobre el presente, incidiendo sobre la realidad y ésta, a su vez, sobre la perspectiva con que el historiador contemplaría los hechos. La experiencia de los escritores del Ochocientos español estuvo cruzada de continuo por la guerra civil, de modo que su relación con ella siempre se mantuvo viva y cambiante. Esto, en el caso de Pirala, fue así desde el día en que, a mediados de los cuarenta, Maroto se dirigió a él para que le ayudase a construir su interpretación, hasta el día que, iniciada ya la década de los ochenta, Valera le pidió que realizara una síntesis apresurada de unos acontecimientos que apenas estaba en condiciones de comprender.

Durante este tiempo, la relación con la guerra civil estuvo influida por aspectos tan diferentes como la política, el mercado editorial o el concepto decimonónico de historia. Sobre la interpretación de Pirala tuvo un peso muy importante la política del momento, en la que la guerra civil mantuvo siempre su presencia. El historiador no ofreció resistencia, asumió el contexto y participó del objetivo de consolidar la paz, bien suavizando los perfiles del conflicto o desautorizando las posturas intransigentes menos proclives al entendimiento. No debe despreciarse el influjo que el tema de la guerra tuvo sobre el mercado editorial⁴². Pirala no dejó nunca de definirse como escritor y en la venta de sus obras cifró una parte importante de sus ingresos, lo que determinó una constante aproximación a la sensibilidad del público burgués al que con preferencia iban dirigidas sus obras. Finalmente incidió en la lectura de la guerra civil el propio concepto que en la época se tenía de los historiadores dedicados a los hechos contemporáneos, mitad periodistas, mitad políticos, polemistas de vida atropellada que se valían de la historia como instrumento para intervenir en la vida pública. En este contexto la historia dejaba de ser una abstracción y jugaba sus cartas sobre la

⁴¹ «La guerra civil», *op. cit.*, p. 60. El artículo fue integrado como un capítulo de *Historia Contemporánea*.

⁴² HORTELANO, B.: *Memorias*, *op. cit.*, pp. 63-69 y 91-98.

mesa de la realidad inmediata. Piralá fue reticente a convertir la historia en un instrumento político de partido y mantuvo siempre que pudo las distancias mediante un complejo juego de equilibrios para adecuarse al público y a la realidad de su tiempo, a través de una metodología que le proporcionaba la distancia suficiente. Pero no sucedió lo mismo respecto a la política institucional, ya que asumió la función patriótica de la historia que el liberalismo había reclamado como fuente inspiradora de la nación. Como la guerra civil atentaba contra el corazón del proyecto liberal y comprometía su continuidad, el historiador adoptó una postura defensiva y se dispuso a contribuir con su obra a la consolidación de las instituciones. En esto no se le podrá acusar de ambiguo, pues se expresó con claridad cuando manifestó su convicción de que hacía «un servicio a nuestra patria» si su historia tenía «el mérito de hacer arraigar en nuestros conciudadanos el amor a la paz, manantial de la prosperidad pública»⁴³.

⁴³ PIRALÁ, A.: *Historia de la guerra civil...*, op. cit., t. I, p. 16.

